

Respuesta a algunas de las preguntas más habituales

¿QUÉ ES LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS?

Benedicto XVI (1.11.2006):

Hoy contemplamos el misterio de la comunión de los santos del cielo y de la tierra. No estamos solos; estamos rodeados por una gran nube de testigos: con ellos formamos el Cuerpo de Cristo, con ellos hemos sido santificados por el Espíritu Santo. ¡Alégrense el cielo y exulte la tierra!

Pero, "¿de qué sirve nuestra alabanza a los santos, nuestro tributo de gloria y esta solemnidad nuestra?". Con esta pregunta comienza una famosa homilía de san Bernardo para el día de Todos los Santos. "Nuestros santos –dice– no necesitan nuestros honores y no ganan nada con nuestro culto. Por mi parte, confieso que, cuando pienso en los santos, siento arder en mí grandes deseos"

Este es el significado de la solemnidad de hoy: al contemplar el luminoso ejemplo de los santos, suscitarse en nosotros el gran deseo de ser como los santos, felices por vivir cerca de Dios, en su luz, en la gran familia de los amigos de Dios. Ser santo significa vivir cerca de Dios, vivir en su familia.

Esta es la vocación de todos nosotros, reafirmada con vigor por el concilio Vaticano II, y que hoy se vuelve a proponer de modo solemne a nuestra atención.

Para ser santos no es preciso realizar acciones y obras extraordinarias, ni poseer carismas excepcionales. Es necesario, ante todo, escuchar a Jesús y seguirlo sin desalentarse ante las dificultades.

San Josemaría, en Camino:

Comunión de los Santos. –¿Cómo te lo diría? –¿Ves lo que son las transfusiones de sangre para el cuerpo? Pues así viene a ser la Comunión de los Santos para el alma. Vivid una particular Comunión de los Santos: y cada uno sentirá, a la hora de la lucha interior, lo mismo que a la hora del trabajo profesional, la alegría y la fuerza de no estar solo.

Hijo: ¡qué bien viviste la Comunión de los Santos, cuando me escribías: "ayer 'sentí' que pedía usted por mí"!

Noviembre, mes dedicado a los Novísimos
(Las verdades eternas: muerte, juicio, cielo, infierno, purgatorio)

¿Resucitaremos después de la muerte?

Catecismo de la Iglesia: Por la muerte, el alma se separa del cuerpo, pero en la resurrección Dios devolverá la vida incorruptible a nuestro cuerpo transformado reuniéndolo con nuestra alma.

Así como Cristo ha resucitado y vive para siempre, todos nosotros resucitaremos en el último día.

¿Qué es el cielo?

San Josemaría:
El cielo: "ni ojo alguno vio, ni oreja oyó, ni pasaron a hombre por pensamiento las cosas que tiene Dios preparadas para aquellos que le aman".
¿No te empujan a luchar esas revelaciones del apóstol?

¿Existe el infierno?

Al mismo tiempo dirá a los que estén a su izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego del infierno preparado para el diablo y sus ángeles... (Mt 25, 41).

Es de fe que existe el infierno, que es eterno y que descienden inmediatamente a él las almas de los que mueren en pecado mortal

¿Cómo es el purgatorio?

Los que mueren en la gracia y en la amistad de Dios, pero imperfectamente purificados, aunque están seguros de su eterna salvación, sufren después de su muerte una purificación, a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del cielo (Catecismo de la Iglesia Católica, n. 1030).

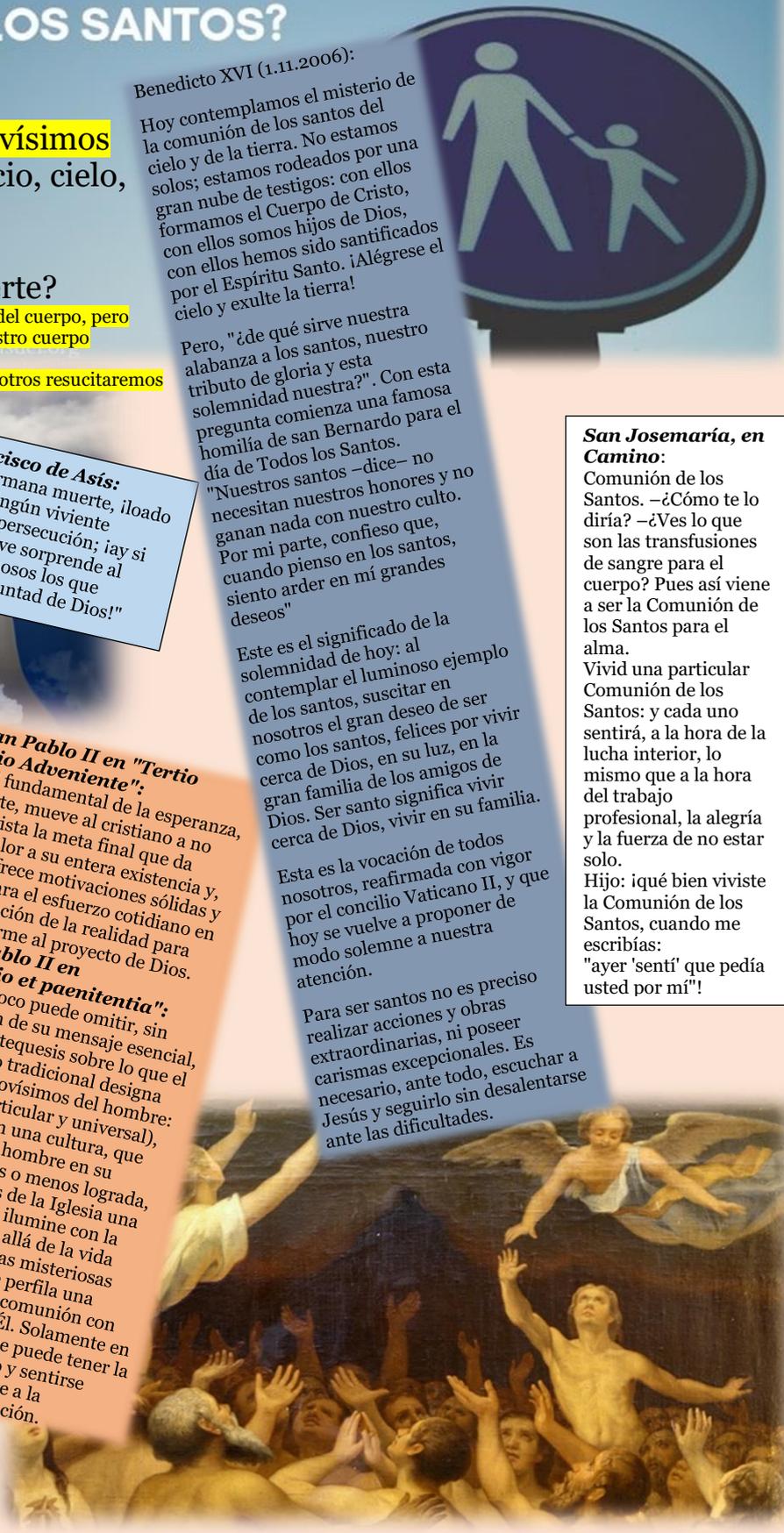
San Francisco de Asís:
"Y por la hermana muerte, iloado mi Señor! Ningún viviente escapa de su persecución; ¡ay si en pecado grave sorprende al pecador! ¡Dichosos los que cumplen la voluntad de Dios!"

San Juan Pablo II en "Tertio Millennio Adveniente":

La actitud fundamental de la esperanza, de una parte, mueve al cristiano a no perder de vista la meta final que da sentido y valor a su entera existencia y, de otra, le ofrece motivaciones sólidas y profundas para el esfuerzo cotidiano en la transformación de la realidad para hacerla conforme al proyecto de Dios.

San Juan Pablo II en "Reconciliatio et poenitentia":

La Iglesia tampoco puede omitir, sin grave mutilación de su mensaje esencial, una constante catequesis sobre lo que el lenguaje cristiano tradicional designa como los cuatro novísimos del hombre: muerte, juicio (particular y universal), infierno y gloria. En una cultura, que tiende a encerrar al hombre en su vicisitud terrena más o menos lograda, se pide a los Pastores de la Iglesia una catequesis que abra e ilumine con la certeza de la fe el más allá de la vida presente; más allá de las misteriosas puertas de la muerte se perfila una eternidad de gozo en la comunión con Dios o de pena lejos de Él. Solamente en esta visión escatológica se puede tener la medida exacta del pecado y sentirse impulsados decididamente a la penitencia y a la reconciliación.



TEXTOS PARA REFLEXIONAR EN ESTE MES

El **Papa Francisco** a través de la exhortación apostólica *Gaudete et exultate* nos recordaba la belleza de ser santos en cada segundo de nuestra vida y de buscar la santidad en cada circunstancia del día.

Así nos decía:

«Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante».

En las acciones del día a día, se pone a prueba la libertad de cada uno. Está en juego la posibilidad de amar a Dios profundamente sin por ello dejar de vivir apasionadamente cada circunstancia ordinaria. Está en juego la oportunidad de vivir intensamente desde nuestra pequeñez mientras proclamamos al mundo todo sobre Aquel que salvó nuestra alma.

Celebramos el 1 de noviembre el **día de los Santos y Dios nos pone en nuestra vida muchas personas de esas que viven cada segundo tratando de que se transparente en todas sus acciones el rostro de Jesús**. Gente normal que vive perfumando todo de «milagros pequeños», **sembrando paz y alegría allí por donde pasan**. Ahí tenemos el camino de la Santidad. Ver a Dios en todo lo que nos sucede y estar siempre preparados para ser el «milagro» que Dios está preparando para alguien.

De todas las profesiones

La santidad en lo ordinario es el común denominador de muchos de los santos que hoy lucen en los altares.

Algunos tuvieron gran influencia en hombres y mujeres, madres de familia, abuelos, niños y jóvenes.

Grandes investigadores como la beata Guadalupe Ortiz de Landáuzuri o el venerable Jerome Lejeune, ingenieros como el beato Pier Giorgio Frassati o el beato Alvaro del Portillo, abogados como San Ivo de Kermartin, agricultores como San Isidro, traductores como San Jerónimo, filósofos como Edith Stein, médicos como Eduardo Ortiz de Landazuri, madres de familia como la esposa de este, Laura Busca... y un largo etcétera de profesiones.

Todos ellos nos han demostrado que es posible amar y servir a Dios en el trabajo ordinario. Su presencia entre nosotros nos hace ver que **la vida cristiana es posible con la gracia de Dios**.

Como dice el Papa Francisco:

«La solemnidad de Todos los Santos es nuestra fiesta: no porque nosotros seamos buenos, sino porque la santidad de Dios ha tocado nuestra vida».

Celebramos esta fiesta por todo lo alto y ponemos el amor de Dios en todo lo que hagamos, como hicieron los santos.

San Josemaría en “Amigos de Dios”:

Vida interior: es una exigencia de la llamada que el Maestro ha puesto en el alma de todos. Hemos de ser santos -os lo diré con una frase castiza de mi tierra- sin que nos falte un pelo: cristianos de veras, auténticos, canonizables; y si no, habremos fracasado como discípulos del único Maestro. Mirad además que Dios, al fijarse en nosotros, al concedernos su gracia para que luchemos por alcanzar la santidad en medio del mundo, nos impone también la obligación del apostolado. Comprended que, hasta humanamente, como comenta el Padre de la Iglesia, la preocupación por las almas brota como una consecuencia lógica de esa elección: cuando descubris que algo os ha sido de provecho, procuráis atraer a los demás. Tenéis, pues, que desear que otros os acompañen por los caminos del Señor. Quizá alguno de vosotros piense que me estoy refiriendo exclusivamente a un sector de personas selectas. No os engaños tan fácilmente, movidos por la cobardía o por la comodidad. Sentid, en cambio, la urgencia divina de ser cada uno otro Cristo, ipse Christus, el mismo Cristo; en pocas palabras, la urgencia de que nuestra conducta discorra coherente con las normas de la fe, pues no es la nuestra -ésa que hemos de pretender- una santidad de segunda categoría, que no existe. Y el principal requisito que se nos pide -bien conforme a nuestra naturaleza-, consiste en amar: la caridad es el vínculo de la perfección; caridad, que debemos practicar de acuerdo con los mandatos explícitos que el mismo Señor establece: amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente, sin reservarnos nada. En esto consiste la santidad.

Benedicto XVI (1.11.06)

La santidad exige un esfuerzo constante, pero **es posible a todos**, porque, más que obra del hombre, es ante todo don de Dios, tres veces santo. En la segunda lectura el apóstol san Juan observa: "Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!". Por consiguiente, es Dios quien nos ha amado primero y en Jesús nos ha hecho sus hijos adoptivos. En nuestra vida todo es don de su amor. ¿Cómo quedar indiferentes ante un misterio tan grande? ¿Cómo no responder al amor del Padre celestial con una vida de hijos agradecidos? En Cristo se nos entregó totalmente a sí mismo, y nos llama a una relación personal y profunda con él.

Por tanto, **cuanto más imitamos a Jesús y permanecemos unidos a él, tanto más entramos en el misterio de la santidad divina**. Descubrimos que somos amados por él de modo infinito, y esto nos impulsa a amar también nosotros a nuestros hermanos. Amar implica siempre un acto de renuncia a sí mismo, "perderse a sí mismos", y precisamente así nos hace felices.

¿Y QUÉ ES SANTIDAD EN LO ORDINARIO?

Amar la realidad de nuestras circunstancias presentes

“¿Quieres de verdad ser santo?”, preguntaba san Josemaría. “Cumple el pequeño deber de cada momento: **haz lo que debes y está en lo que haces**”. Esta perspectiva realista y concreta de la santidad en medio del mundo la desarrolla en la homilía *Amar al mundo apasionadamente*: “Dejaos, pues, de sueños, de falsos idealismos, de fantasías, de eso que suelo llamar mística ojalatera — ¡ojalá no me hubiera casado, ojalá no tuviera esta profesión, ojalá tuviera más salud, ojalá fuera joven, ojalá fuera viejo!—, y **ateneos, en cambio, sobriamente, a la realidad más material e inmediata, que es donde está el Señor**”.

Este “santo de lo ordinario” nos invita a sumergirnos de verdad en la aventura de lo cotidiano: “No hay otro camino, hijos míos: **o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca**”.

DESCUBRIR ESE “ALGO DIVINO” OCULTO TRAS LOS DETALLES

“Dios está cerca”, recuerda Benedicto XVI. Este es también el camino en el que san Josemaría acompañaba dulcemente a sus interlocutores: “Vivimos como si el Señor estuviera allá lejos, donde brillan las estrellas, y no consideramos que también está siempre a nuestro lado”.

¿Cómo encontrarlo, cómo establecer una relación con Él?

“Sabedlo bien: **hay algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes**, que os toca a cada uno de vosotros descubrir”. En el fondo, se trata de **transformar todas las circunstancias de la vida corriente, agradables o menos agradables, en fuente de diálogo con Dios**.

“Pero esa tarea vulgar —igual que la que realizan tus compañeros de oficio— ha de ser para ti **una continua oración**, con las mismas palabras entrañables, pero cada día con música distinta. Es misión muy nuestra transformar la prosa de esta vida en endecasílabos, en poesía heroica”.

BUSCAR LA UNIDAD DE VIDA

Para san Josemaría, la aspiración a una vida de oración auténtica está íntimamente ligada a una búsqueda de mejoría personal, a través de la adquisición de virtudes humanas “engarzadas en la vida de la gracia”. Paciencia ante las personas que tratamos, sentido de amistad y capacidad de fascinación en las relaciones con los demás, serenidad ante un fracaso doloroso...

Aquí está, según san Josemaría, la “materia prima” del diálogo con Dios, el campo de ejercicio de la santificación. **Se trata de “materializar la vida espiritual” para evitar la tentación de “llevar como una doble vida: la vida interior, la vida de relación con Dios, de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas”.**

Un diálogo que aparece en *Camino* ilustra bien esta invitación:

“Me preguntas: ¿por qué esa Cruz de palo? —Y copio de una carta: ‘Al levantar la vista del microscopio la mirada va a tropezar con la Cruz negra y vacía. Esta Cruz sin Crucificado es un símbolo. Tiene una significación que los demás no verán. Y el que, cansado, estaba a punto de abandonar la tarea, vuelve a acercar los ojos al ocular y sigue trabajando: porque la Cruz solitaria está pidiendo unas espaldas que carguen con ella’”.